

DARÍO VILLANUEVA: «HAY QUE RECUPERAR LA CREEN- CIA DE QUE LA LITERATURA ES UNA INSTITUCIÓN SOCIAL Y ESTÉTICA DE PRIMERA MAGNITUD»

David VIÑAS PIQUER
Universitat de Barcelona

Algunas noticias pueden generar un efecto contradictorio parecido al que quiso expresar Edmund Burke con el oxímoron «horror delicioso» cuando trató de explicar el efecto asociado a la categoría estética de lo sublime. Cuando el equipo editorial de la revista *Tropelías* me dijo que iba a inaugurar una sección de entrevistas a eminentes teóricos y comparatistas, me pareció una buena noticia. Cuando me dijo que el primer entrevistado iba a ser el profesor Darío Villanueva, me pareció una noticia aún mejor. Pero cuando me dijo que quería que yo fuese el entrevistador, sentí una curiosa mezcla de orgullo e intimidación. Entrevistar a Darío Villanueva. Entrevistar al maestro, al que para muchos representa la primera espada de la teoría literaria y del comparatismo en España. Todo un desafío. Todo un honor. Tanta responsabilidad me horrorizó al principio. Pero se trató, por supuesto, de un horror delicioso.

Darío Villanueva Prieto (Villalba, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Santiago de Compostela, de la que fue rector entre 1994 y 2002. Es miembro de la Asociación Internacional de Hispanistas y ha presidido la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC) y la Asociación Española de Teoría de la Literatura (ASETEL). Entre sus publicaciones se encuentran obras tan importantes como *Estructura y tiempo reducido en la novela* (1997), *El polen de ideas* (1991), *La poética de la lectura en Quevedo* (1995), *Teorías del realismo literario* (2004), *Valle-Inclán, novelista del modernismo* (2005) o *Imágenes de la ciudad. Poesía y cine, de Whitman a Lorca* (2008). Desde el año 2014 es el director de la Real Academia Española.

1. George Steiner publicó en el año 2003 un libro precioso, titulado *Lecciones de los maestros*, donde, a partir de su experiencia de más de cincuenta años dedicado a la enseñanza, nos ofrecía interesantes reflexiones sobre lo que significa ser profesor. A usted este tema le ha preocupado siempre y me gustaría plantearle algunas cuestiones al respecto. En más de una ocasión le he escuchado decir que su maestro fue Enrique Moreno Báez, pero también que la nómina de sus maestros es bastante nutrida. Pongamos un límite arbitrario y antipático a la vez, y dígame cuáles fueron los cinco maestros que más lo marcaron y por qué.

El primero, por supuesto, don Enrique, en la Universidad de Santiago de Compostela y luego en la Autónoma de Madrid, en donde me doctoré con él. Un lujo por su perfil académico y su trayectoria en el escenario de la Universidad española entre 1967 y 1976, cuando trabajé con él. Del Centro de Estudios Históricos había saltado en los treinta a Oxford, Cambridge y el King's College. Fundamentalmente, era un discípulo de T. S. Eliot. Su visión de la literatura no era historicista, sino comparatista, con apertura a las otras artes, y cosmopolita. También fui alumno directo en el aula de Carmen Bobes Naves. De su mano entré en el universo de la Semiología. Y ya con otro tipo de magisterio, Ricardo Gullón, que leyó mi primer libro (procedente de mi tesina) y me prohió intelectualmente desde entonces. Francisco Ayala, mi padrino para entrar en la Academia, aireó generosamente mis Teorías del realismo literario porque era tema de su interés, así como por su orientación fenomenológica, que él había impulsado en el exilio argentino con su revista Realidad. Y Claudio Guillén, que me ayudó impagablemente para definirme como comparatista hasta donde mi limitado bagaje me permitiese (no es comparatista el que quiere, sino el que puede, y él sí que podía).

2. Si la pregunta de antes era algo incómoda porque implicaba una selección, seguro que esta le incomoda todavía más. De los muchos discípulos que ha tenido a lo largo de su trayectoria profesional, ¿hay algunos en quienes reconozca más directamente su legado?

No hay preguntas inconvenientes; las que pueden serlo son las respuestas. En este asunto de maestros y discípulos, lo que realmente importa es lo que estos últimos piensan de aquellos. Para no responder oblicuamente conforme al estereotipo del gallego, recordaré que en 1994 compilé un volumen colectivo titulado Avances en Teoría de la literatura (Estética de la recepción, Pragmática, Teoría empírica y Teoría de los polisistemas) en el que, junto a Itamar Even-Zohar y Hans Robert Jauss, algunos de los jóvenes que se habían doctorado conmigo también colaboran. Son todos los que están, pero no están todos los que son. Y también tengo siempre presentes los alumnos extranjeros que han venido a doctorarse conmigo desde Canadá, Corea, México y Egipto. Los dos últimos en llegar, él y ella, aún no han acabado, y son colombiano e iraní, respectivamente. Esta última discípula (si ella finalmente se considerara así) me ha introducido

en la literatura farsi. Que no se me olvide: de todos siempre ha aprendido mucho, y lo sigo haciendo.

3. En el libro de Steiner que he citado antes, se habla de tres estructuras principales en la relación entre maestros y discípulos: maestros que han destruido a sus discípulos quebrantando sus esperanzas, discípulos que han traicionado al maestro y, por último, maestros y discípulos que entran en un proceso de interrelación, de ósmosis, que hace que el maestro aprenda de su discípulo mientras le enseña. Durante la celebración de la defensa de una tesis doctoral, usted comentó hace algunos años que sentía un gran orgullo cuando veía que podía aprender mucho leyendo los trabajos de los doctorandos, muchos de los cuales habían sido alumnos suyos. ¿Considera usted entonces que la enseñanza es o debería ser un proceso de intercambio en el sentido de esa tercera posibilidad de relación entre maestro y discípulo de la que habla Steiner?

Sin quererlo, me he adelantado a esta pregunta al final de mi contestación a la anterior. Estoy firmemente convencido de que la tercera opción formulada por Steiner es con la que me identifico, no solo en teoría sino en la práctica de cuarenta y cinco años de carrera. Cada persona representa una ventana abierta al universo. El raciovitalismo de Ortega y Gasset bien que nos lo mostró, y yo soy de los que piensa que cuando rascamos un poco en la cultura española inmediatamente aparece don José. Por lo tanto, incluso ahora acudo a los tribunales de tesis ávido de aprender de quien se doctora cuarenta años más tarde que yo.

4. Northrop Frye decía que, en rigor, la literatura no puede enseñarse ni aprenderse, que solo puede leerse, y que lo único que sí se puede enseñar y aprender son maneras distintas de acercarse a los textos literarios y analizarlos. No sé si está de acuerdo con esta apreciación.

Algo parecido dice Bloom: la literatura no puede enseñarse, porque nadie puede enseñar la soledad, y el acto de leer, por el que accedemos al texto, es un acto solitario. Yo no soy tan escéptico (o metafórico). Probablemente, lo que no se puede enseñar es cómo crear literatura, pese a que ahora menudeen las escuelas de escritura. Pero sí que se puede estudiar y enseñar fenomenológicamente la ontología y la epistemología de la obra de arte literaria. Qué es y cómo se accede a ella mediante un acto de cocreación, que es la lectura. Por otra parte, literatura es lengua. Coleridge, poeta inspiradísimo de los lagos, daba en sus Table Talks una definición minimalista de poesía: «the best words in the best order». Y esto sí que se puede analizar y mostrar.

5. ¿Cree que aciertan los apocalípticos que anuncian desde hace ya algún tiempo el fin de los estudios literarios?

*Partamos de un supuesto absurdo: a partir de mañana ya no se escribe ni un poema, ensayo, novela o drama más. La literatura, sin embargo, no desaparecería: tenemos un fondo de armario inagotable, y como recordaba Eliot, todos los escritores que en el mundo han sido continúan siendo nuestros contemporáneos. Pues bien, aunque, por seguir en la línea del absurdo, las humanidades desaparecieran de los sílabos educativos (cosa que a veces no me parece totalmente imposible), la mera existencia de los textos ya escritos suscitaría su lectura, y la lectura provocaría la crítica, y la crítica daría paso a la teoría cuando se reparase en ciertas constantes que se dan entre los propios textos... Por cierto, así fue entre los griegos: primero los escritos, luego «crisis poiematon», enseguida Poética... Es cierto que, desde que Nietzsche proclamase la muerte de Dios, menudean las proclamas necrológicas. Damian Thomson anunció el fin del tiempo; J. H. Plum, la muerte del pasado; Francis Fukuyama, el cierre de la Historia. Y en lo que a nosotros concierne, Barthes sentenció el deceso del autor, George Steiner, el sepelio de la tragedia, Alvin Kernan «the death of Literature», y, al alimón, Susan Bassnett y Gayatri Chakravorty Spivak la «muerte de una disciplina» que no era otra que la Literatura comparada. Pero yo recito a Zorilla: «Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud». Las razones de tal optimismo las doy en el libro que escribimos a seis manos Haun Saussy, César Domínguez y yo, *Introducing Comparative Literature: New Trends and Applications* (Routledge, Londres, 2016), ya traducido al español y al árabe.*

6. Usted es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. ¿Por qué decidió apostar por esta área de conocimiento y no por alguna de las que tenían una tradición más sólida en la universidad española?

*Como ya comenté, la influencia de Enrique Moreno Báez, y a través de él la de T. S. Eliot, fue determinante a este respecto. Ya mayorcito, encontré en el prólogo de Claudio Guillén a uno de sus libros la explicación de mi desvío comparatista: «¡Si supieras lo que me cuesta situar un tema español exclusivamente en el ámbito de España!». Decía Ortega que todo gran poeta nos plagia: eso me ocurrió a mí con muchas ideas expresadas por el maestro Guillén. Cuanto más viajo, y más viejo me voy haciendo, más igual me considero a todas las personas del universo mundo, y confirmo mi militancia en el universalismo de la condición humana que viene de Grecia, pasa por el Humanismo renacentista y cuaja luminosamente en el Siglo de la Ilustración. Uno de los filósofos actuales que más me interesa es Anthony K. Appiah, autor, entre otras, de una obra que recomiendo vivamente: *Cosmopolitanism. Ethics in a World of Strangers*. No soy de los que piensan que, por ejemplo, el sexo está sobrevalorado; pero sí creo que está sobrevalorada la*

identidad, lo que puede conducir peligrosamente hacia hecatombes conceptuales como el nacionalismo o la xenofobia.

7. ¿Cree que enseñar literatura desde la perspectiva de la teoría literaria y el comparatismo puede tener algún efecto positivo en la educación de la ciudadanía? Me refiero a si podría contribuir, por ejemplo, a estimular una visión crítica en la gente, teniendo en cuenta que usted ha hablado a veces de la simplificación con que los medios de comunicación de masas tratan ciertos problemas importantes.

Estoy convencido de ello, y en el libro de 2016 que ya cité insisto en esta convicción. En la última página escribo lo que ahora suscribo: Hay que recuperar la creencia de que la literatura es una institución social y estética de primera magnitud, y que su enseñanza no es un mero adorno que los sistemas educativos se conceden graciosamente para colorear sus cuadros, sino que puede desempeñar un papel insustituible para la formación de los ciudadanos en un sentido plural, democrático y cosmopolita.

8. Me he referido antes al fin de los estudios literarios recordando a ciertos apocalípticos. Otros hablan más específicamente de la crisis de la teoría literaria. Sin embargo, igual que pasó con el *nouveau roman* y la teoría literaria francesa, en los últimos tiempos han aparecido obras que serían inconcebibles sin los avances de la teoría literaria. Pienso en autores como Enrique Vila-Matas, Javier Cercas, Antonio Orejudo, Agustín Fernández Mallo, Javier García Rodríguez, etc. O incluso en una novela que tuvo bastante éxito en Francia, como es *La septième fonction du langage*, de Laurent Binet. ¿Cree que este fenómeno es un síntoma de buena salud de la teoría?

Prefiero considerar que este fenómeno es un síntoma de la buena salud de la propia literatura. Porque antes de que circulara tanto, et pour cause!, el concepto de posverdad, yo me había atrevido a hablar de una «posliteratura» para referirme a lo que se vende como fruto literario sin ninguno de sus atributos genuinos, pues se trata simplemente del mero producto de una poderosa y rentable factoría industrial. Una posliteratura fungible, de usar y tirar. Y para Antonio Machado, la poesía era la palabra esencial en el tiempo. Muchas novelas de hoy nacen para ser rentables en el más breve plazo de tiempo, en un absurdo bucle de aquí te pillo y aquí te mato, sin el más mínimo propósito de perdurar, y mucho menos de aportar algo mínimamente trascendente a la inteligencia del lector. Y qué decir de los valores puramente creativos. ¿Adónde han ido a parar los grandes logros expresivos del modernismo internacional? Hoy se narra sobre las pautas del más manido modelo realista decimonónico, pero sin la grandeza de aquellos grandes «suplantadores de Dios», como diría Mario Vargas Llosa. Tercera persona, autor

omnisciente, diálogos chatos, ausencia de la heterofonía bajtiniana, linealidad temporal para que el lector no se haga un lío... Nos salvan precisamente esas obras que perpetúan la vigencia de la metanovela, y que no solo cuentan una historia, sino también cómo esa historia está siendo contada o, incluso, podría contarse de otra manera.

9. Usted ha insistido mucho en la interconexión entre las distintas disciplinas que configuran los estudios literarios. ¿Le parece que en nuestras universidades se fomenta esta interconexión?

Siempre lamenté, a este respecto, que a lo más a lo que llegaban algunos historiadores de la(s) literatura(s) era a perdonarnos graciosamente la vida a los teóricos, críticos y comparatistas. A veces me tomo la revancha, como cuando llamo por oral y por escrito a Francisco Rico «el más teórico de los antiteóricos españoles».

10. Volviendo a la enseñanza, ¿qué hacemos con el canon? ¿Tenemos que seguir familiarizando a los estudiantes con las obras canónicas o es ésta una perspectiva anticuada y elitista?

Una obra determinada alcanza la condición de clásica mediante un complejo proceso que no resulta fácil objetivar. Se trata, en definitiva, de la adhesión de los lectores a ella de forma constante, sin fronteras espaciales ni temporales. Igualmente, para ser clásico hay que superar las barreras lingüísticas, históricas y culturales: seguir hablándoles de temas que les conciernen a hombres y mujeres nacidos en lejanos países varios siglos después de que el escritor escribiera su obra. Pero también tiene mucho que ver, en el reconocimiento de un clásico, la actitud hacia la obra así considerada por parte de los otros escritores, de los grandes académicos, de los más reconocidos eruditos, de los críticos en verdad influyentes.

En los clásicos está lo mejor de la creatividad humana de todos los tiempos expresada a través de la palabra. La demagógica postura de los que hablan de elitismo y prepotencia parece admitir tan solo la excelencia en el terreno deportivo. Ahí sí que se reconoce que un partido de fútbol de la liga de campeones es mejor que otro de tercera regional. Y se valora más una partida de tenis entre dos jugadores que están entre los diez primeros del ranking de la ATP que entre dos tenistas de club. Si en los países desarrollados, con un sistema de enseñanza obligatoria y universal, se procura dar de comer a los alumnos con alimentos de la máxima calidad, no entiendo por qué se les ha de privar de que conozcan a las grandes figuras de la literatura universal.

*Cuenta Michel Tournier, en un libro delicioso titulado *Lectures vertes*, que el padre de Marcel Pagnol, que era maestro, solía afirmar: «¡Menudo escritor es Anatole France! De cada una de sus páginas se puede extraer un dictado...». Quiere esto decir que, hasta donde alcanzo, sería profundamente contradictorio que los académicos, los profesores y, ¿por qué no?, los*

propios lectores fuésemos «anticanónicos». No veo cómo podría suceder tal cosa siendo como somos todos, por devoción o por compromiso profesional, visitantes incansables de los textos literarios.

11. Desde los criterios que dominan en el interior del campo literario, no solo se intenta dejar claro que existen obras de gama alta, obras canónicas; también se señala con el dedo a «los mercaderes en el templo de la literatura», por decirlo con palabras de Germán Gullón, y con maniobras más o menos sutiles (que incluyen, por supuesto, el silencio) se intenta expulsar a esos «intrusos». Pero resulta que a veces son precisamente las obras de esos autores sin reconocimiento por parte de los agentes que pueden otorgar prestigio literario las que dominan en el mercado y se convierten, incluso, en *best-sellers*. Y entonces vemos que, acaso por un gesto elitista, estas obras no suelen estudiarse en las universidades, de manera que lo que más se vende es lo que menos se estudia. ¿Qué opina sobre esta situación?

Mezclar el criterio proporcionado por los índices de venta con el de la exigencia canónica a efectos de los sílabos educativos me parece un error colosal. Y vuelvo a mi respuesta anterior. Otra cosa es estudiar el fenómeno de los éxitos de ventas en el marco del «sistema literario» del que habla la Empirische Literaturwissenschaft, la versión puesta al día de la antigua sociología literaria.

12. «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; / a mí me enorgullecen las que he leído», escribió Borges. Usted, que junto con otros autores explicó lo que Borges enseñó a Cervantes, sabe muy bien que el escritor argentino se consideraba a sí mismo un lector hedónico, alguien que buscaba sobre todo el placer del texto y que de forma desacomplejada reivindicaba el derecho del lector a no leer obras que no lo seducían, por muy importantes que fueran. ¿Ha podido usted ser un lector hedónico en ese sentido o su profesión no le ha permitido ese lujo?

Sin duda, en el origen de todo estuvo mi seducción infantil por la lectura que usted, recordando a Borges, llama hedónica. Luego surgió la exigencia de dar respuesta al porqué del placer de la lectura. De todos modos, sin una chispa de inocencia en la lectura crítica difícilmente se dará en el clavo. Los mejores estudios de los críticos y comparatistas nacen siempre de la empatía y complicidad del lector (el estudioso) con el texto. En todo caso, enseñar y aprender Literatura me parece una actividad tras la cual debe brillar siempre una chispa de sentido estético.

13. Su tesina de licenciatura versó sobre *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, y desde entonces no ha dejado usted de trabajar en la teoría de la novela, publicando muchos artículos y libros importantes sobre este tema. Dígame cuatro novelas del siglo XX y de lo que llevamos del XXI que considere verdaderamente imprescindibles o que, en su experiencia personal como lector, hayan tenido una significación especial.

Mi libro sobre El Jarama es de 1973. Lo escribí durante el último año de carrera, en el curso 1971-1972. Mi tesis, leída en 1976 y publicada un año después, trata de la renovación en el tratamiento estructural del tiempo por parte de la novela del Modernismo internacional, centrándose especialmente en lo que Valle-Inclán llamaba «angostura del tiempo»; esto es, la unidad de tiempo de la poética clásica. En parte, mi selección tiene que ver con esto: Ulysses de Joyce y Tirano Banderas del propio Valle-Inclán. Pero también Cien años de soledad de Gabriel García Márquez, junto a In Cold Blood de Truman Capote. Me fascina la «novela sin ficción» del New Journalism y otros movimientos similares por ella inspirados.

14. Usted ha reivindicado muchas veces el papel fundamental de la lectura y se ha mostrado preocupado por la falta de competencia generalizada para comprender textos complejos. ¿Cómo ve hoy en día esta situación?

Al respecto de la distinción popularizada por el sociólogo Marc Prensky, el profesor David Nicholas, jefe del Departamento de Estudios sobre la Información del University College de Londres, después de investigar con un centenar de voluntarios de distintas edades, llegó a la conclusión de que los adolescentes de hoy, nativos digitales, están perdiendo la capacidad de leer textos largos y de concentrarse en la tarea absorbente de leer un libro.

Frente a lo que sucede todavía con los adultos, que somos, conforme a la terminología de Prenski, «inmigrantes digitales», los jóvenes entre los doce y los dieciocho años apenas se detienen en una sola página web para obtener la información que precisan, sino que saltan de una a otra sin fijar nunca su atención. El material de este estudio fue presentado a finales de febrero de 2010 en un capítulo de la serie documental de la BBC titulada La revolución virtual, y según su presentador Aleks Krotoski la conclusión es que para bien o para mal la nueva generación está siendo moldeada por la web. Venga esto a cuento de que los profesores de hoy no nos chupemos el dedo, sino que tengamos claro que nosotros seguimos siendo los de siempre, pero nuestros alumnos pertenecen ya a otra Galaxia, que no es exactamente la de Gutenberg, sino la de Internet.

Pero no debemos tirar la toalla. Que los profesores protestaran porque los alumnos no leen sería equivalente a que los médicos hicieran lo propio porque hay enfermos. Sin ellos, no habría doctores; sin estudiantes ignorar de lecturas, nosotros tampoco tendríamos por qué existir.

Aunque el renombrado crítico Harold Bloom, como he apuntado ya en una respuesta anterior, considere casi imposible la tarea de enseñar a leer, porque —se pregunta— «¿cómo puedes enseñar la soledad?», y la «verdadera lectura es una actividad solitaria», no por ello, en la «conclusión elegíaca» a su polémico libro de 1994 sobre el canon literario universal, proclama: «regreso no para deciros qué leer ni cómo leer, sino para hablaros de lo que yo he leído y considero digno de releer».

Recuerdo también, a este respecto, un artículo de George Steiner publicado en el Times Literary Supplement en el que el humanista, preocupado por el empacho deconstructor al que creo que iremos enseguida en esta entrevista, concluye con una propuesta tan simple como la siguiente. No nos convienen ya más teorías, métodos o nuevas perspectivas críticas: «Lo que necesitamos son lugares: por ejemplo, una mesa con unas sillas alrededor donde podamos volver a aprender a leer, a leer juntos». Porque paradójicamente esa competencia puede que se esté perdiendo, y existe la contradicción de que, en nuestras sociedades, si profundizamos un poco bajo el oropel de la epidermis nos encontramos con que la capacidad de comprensión de los textos complejos por parte de los ciudadanos que salen del sistema educativo es cada vez menor. Y la literatura dejará de existir, al menos con la plenitud que le es consustancial, en el momento en que no contemos con individuos capaces de saber leerla desde esa complejidad de los dos códigos que la obra literaria incorpora: el código lingüístico y, sobre él, el código especial de convenciones propiamente literarias. Sigo plenamente convencido en cuanto a la vigencia de las ideas contenidas en el prólogo de Friedrich Nietzsche a sus reflexiones sobre los prejuicios morales tituladas Aurora. Allí concluye el filósofo alemán con un canto a la Filología, que compartiría asimismo nuestro Alfonso Reyes: «Filólogo quiere decir maestro en la lectura atenta».

15. Pensemos ahora en lecturas más especializadas. Es frecuente encontrar estudiantes fascinados con la teoría literaria que no dejan de citar a Deleuze, a Foucault y, por supuesto, a Derrida, pero cuando hablas con ellos de obras importantes de la historia de la literatura descubres que apenas han leído. Usted que en sus estudios sobre el realismo ha hablado de la realidad como una construcción, ¿no cree que estos estudiantes se han creado una realidad de la literatura algo equivocada?

Si esto ha ocurrido y sigue ocurriendo, y no albergo muchas dudas al respecto, la responsabilidad no es de los estudiantes, sino de los profesores, en muchos casos seducidos por teóricos malabaristas. En definitiva, es más fácil y cómodo deconstruir que construir.

16. Y ya que ha salido el nombre de Derrida. Algunos creen que la Deconstrucción es la bestia negra de Darío Villanueva. De hecho, alguna vez usted ha dicho que abrazar de forma entusiasta la deconstrucción desde los departamentos universitarios es una forma de suicidio. Sin embargo, usted siempre ha mostrado un gran respeto intelectual por el pensamiento de Jacques Derrida, de Paul de Man, de J. Hillis Miller y de otros seguidores de esta corriente. ¿Qué le gusta y qué no le gusta de la Deconstrucción exactamente?

Con todo el respeto intelectual que, efectivamente, me merecen algunos de los seguidores anglosajones de Derrida, yo sigo teniendo para mí que el triunfo de la Deconstrucción fue nefasto para la valoración de la Literatura en el conjunto de los currículos académicos de las universidades norteamericanas, las cuales, en su modelo de educación liberal, utilizaban la letras como un instrumento imprescindible para la formación integrada de las personas en varios ámbitos: el ético, el expresivo y comunicativo, el estético o el enciclopédico. Se consideraba, por lo tanto, que la Literatura significaba algo, que poseía un valor canónico en términos de valoración artística y que proporcionaba un cúmulo de informaciones sobre asuntos importantes, que eran pertinentes. Incumbentes, diría Frye, que perteneció por largos años a la comisión supervisora de la radio y la televisión canadienses. En este foro expresó reiteradamente una misma preocupación: si el enorme poder de los medios electrónicos podría acabar tergiversando los procesos educativos al proporcionar un torrente de informaciones y experiencias con remotas posibilidades, sin embargo, de facilitar un conocimiento genuino de aquello que a todos incumbe. Es decir, los mitos propios de la condición humana, que nos hablan de nuestras preocupaciones tanto primarias —los intereses primordiales que van del alimento y el sexo hasta la libertad— como secundarias o ideológicas.

Cierto es que la Deconstrucción viene a sugerir, por el contrario, que la Literatura puede carecer de sentido, que es como una especie de algarabía de ecos en la que no hay voces genuinas, hasta el extremo de que el sentido se desdibuje o difumine por completo. Esto equivale a una manifestación radical en contra de una «hermenéutica positiva» como la representada por Schleiermacher, para la que, hiperbólicamente, el sentido de un texto es exactamente el que el autor quiso darle. Semejante postura resulta también equivocada. El libro significa, de cierto, lo que el lector quiere que signifique, pero desde este relativismo hermenéutico, que la Fenomenología explica por la evidencia de que la obra literaria es un esquema que debe ser «rellenado» por el lector en sus lagunas, en sus «lugares de indeterminación», todavía queda mucha distancia para llegar a una «hermenéutica negativa», que niega a la Literatura la capacidad de transmitir sentido.

Desafortunadamente, tal fue el poso que la Deconstrucción fue dejando y esto, en mi criterio, tuvo una consecuencia inmediata en el régimen interno de las Universidades. A la hora de distribuir y rentabilizar presupuestos, algo que conozco desde dentro después de mis ocho años como rector, no es de extrañar que los gestores decidan minimizar la presencia de la Literatura

en el sistema educativo cuando los propios estudiosos han postulado que no significa nada o lo significa todo, que el texto no tiene ninguna consistencia de sentido. Hay en ello un momento terrible en que aquellos departamentos llegan a hacerse el harakiri abrazando, de un modo tan entusiasta como poco reflexivo, la teoría de la Deconstrucción. Y como consecuencia, se produce un vacío, aparece una suerte de campo calcinado en el que hay que sembrar algo muy distinto. Por ejemplo, los «Cultural Studies». En el trayecto se pierde la memoria literaria y, junto a ella, la tradición académico-filológica.

¿Lo que me gusta de la Deconstrucción? La brillantez de sus fuegos de artificio en los momentos mejores de la fiesta, y el remoto fundamento del pensamiento de Derrida en la Fenomenología de Edmund Husserl, sobre el que el francés escribió su tesis doctoral.

17. Si Derrida puede suscitarle alguna reticencia, hay otro autor, en cambio, por el que usted parece haber sentido cierta predilección: Edward W. Said. Como usted, él era teórico y comparatista. ¿Qué afinidades encuentra con Said?

Me sirve de nuevo, para contestar a esta pregunta el magisterio de Claudio Guillén, a través del prólogo que puso en 2005 a la segunda edición española de Entre lo uno y lo diverso. Destacaba allí la politización de las Humanidades en términos hasta hacía poco desconocidos. Se fija, por caso, en la hegemonía que habían ido adquiriendo los «Cultural Studies» en detrimento de los estudios literarios. Les achaca un vicio de raíz: borrar la distinción entre lo popular y lo culto, o entre las manifestaciones eminentes de la creatividad humana y otras expresiones menos granadas en una escala de valor estético decantada después de milenios de cultura. Considera, sin embargo, mucho más rica y fértil la orientación de los Estudios post-coloniales, en relación a la cual destaca con encendidos argumentos precisamente el papel de Edward W. Said, teórico y comparatista nacido en Jerusalén, educado en Líbano y El Cairo, y universitariamente formado en los Estados Unidos. Según Guillén, sus aportes están regidos por una suerte de «contrapuntal thinking» que hace justicia a las literaturas periféricas o preteridas al mismo tiempo que se considera preocupado por una concepción universalista de todas las literaturas del mundo.

Por otra parte, en su último libro Said tampoco tuvo empacho en admitir, con la credibilidad que le daba su posición privilegiada de scholar reconocido, que el poscolonialismo, los estudios culturales y otras disciplinas similares acabaron por desviar las humanidades de su propósito más genuino, la investigación crítica de los valores, la Historia y la libertad, para enzarzarse en disquisiciones pseudoideológicas casi siempre basadas en los supuestos problemas de la identidad. Por otra parte, se mostraba convencido de que todas las variedades de las lecturas derrideanas conducían a la melancolía. Y, casi como su testamento intelectual, pues la muerte le llegaría demasiado pronto, proponía algo con lo que me identifico totalmente: el regreso al modelo

interpretativo de raigambre filológica. Para el logro de tal objetivo sigue siendo fundamental la lectura, cuyo ejercicio se puede enseñar y aprender. Lectura, por supuesto, «para buscar sentido» —«reading for meaning»—; lectura de textos no sólo próximos, lingüística y filosóficamente, sino también los aparentemente más alejados, para lo que resulta imprescindible la traducción como práctica cultural.

18. Una de sus líneas de investigación de ánimo más comparatista tiene que ver con el estudio de la relación entre la literatura y el cine. ¿De dónde le viene ese interés por el cine?

De la convicción de que Ricciotto Canudo dio en la diana en los años diez del pasado siglo al reivindicar el cine como séptimo arte. Un arte sincrético, integrador de los otros seis; el arte de la modernidad.

19. Hablando de cine, me he acordado ahora de un escritor español que escribió muy pronto sobre el cine y su relación con la literatura. Usted lo admiraba mucho. Me refiero, claro, a Francisco Ayala. Usted lo admiraba y me consta que la admiración era recíproca. Le contaré una anécdota que nunca he contado. Un día estuve hablando con Francisco Ayala de un aspecto de su obra y él no estaba nada de acuerdo conmigo. Entonces se me ocurrió contarle una mentira y le dije: «pues Darío Villanueva opina lo mismo que yo y lo escribió hace poco en un artículo». Ayala dijo que no había visto ese artículo, pero que si lo decía Darío Villanueva, que sabía mucho, podía ser verdad lo que yo le había comentado sobre su obra. Gracias a esa mentira piadosa, comprendí lo que significaba el prestigio. ¿Qué recuerdos le trae a usted el nombre de Francisco Ayala?

Una admiración y una gratitud sin límites. Primero, por su obra creativa, sin duda alguna, que valoro como alta literatura. Pero a la vez, lo considero, como ya he dicho, uno de mis maestros, Valga tan solo un ejemplo. Enrique Moreno, siendo yo su alumno en la clase, publicó en 1968 unas Reflexiones sobre El Quijote que llegué a saber de memoria, y en 1970 nos llegó de Francisco Ayala, a la sazón profesor en los Estados Unidos, un opúsculo titulado Reflexiones sobre la estructura narrativa que fue determinante para orientar mis futuros trabajos posgraduados. Pasaría tiempo hasta que tuviese el privilegio de conocerlo personalmente, pero aquellas reflexiones tuyas ejercieron tanta influencia sobre mí como las reflexiones sobre El Quijote del profesor que veía todos los días y con el que llegaría a doctorarme. De hecho, a la hora de elegir el tema de mi tesis de licenciatura me incliné hacia El Jarama de Rafael Sánchez Ferlosio. Las propuestas teóricas de Ayala me abrieron los ojos ante las complejidades de su relevante estructura en la línea de lo que se estaba configurando entonces como una nueva disciplina de la semiología literaria, la narratología. Sus planteamientos a este respecto tenían su

fundamento en la consideración de todo relato como un acto de comunicación para el que son imprescindibles tanto quien narra como su destinatario. En torno al primero se concreta la problemática fundamental de todo acto narrativo, la de la visión y la de la voz. Pero, como Ayala reitera una y otra vez, «la obra de arte literaria absorbe a su autor, lo asimila y lo incorpora como elemento esencial de su estructura». Esto equivale a que «el autor queda ficcionalizado dentro de la estructura imaginaria que él mismo ha producido». Pero no menor importancia tiene el lector, que también pertenece a ese mismo diseño básico. Por otra parte, cuando Ayala afirma que «la obra de arte literaria supone y reclama un lector adecuado» estaba apuntado en la misma dirección de la Estética de la recepción alemana. No era mal programa el que desde su magisterio en lontananza Francisco Ayala nos ofrecía a sus jóvenes lectores españoles del momento: la narratología, la crítica de la lectura y la problemática de la ficcionalidad y el realismo. Años más tarde, publiqué Teorías del realismo literario, que enseguida se tradujeron al inglés. Este libro me proporcionaría una de las más grandes satisfacciones intelectuales que he tenido. En octubre de 1992 Francisco Ayala escribía un artículo en el diario El País sobre «Realidad de la literatura» al hilo de lo que eran mis propias investigaciones al respecto. El maestro avalaba mi conclusión de que el realismo, lejos de ser una escuela específica en determinados momentos de la historia de la literatura, pertenece a la entraña sustancial del fenómeno literario en cualquier lengua y tiempo, porque yo estaba persuadido de que quizá no haya un lenguaje o, incluso, una «realidad realista», pero lo que si existe universalmente es una lectura intencionalmente realista.

20. En muchos de sus trabajos se advierte una base fenomenológica. ¿Cómo llegó usted a la fenomenología y por qué la considera importante para los estudios literarios?

De Carmen Bobes aprendí lo necesario que es para nuestros estudios la existencia de una fundamentación epistemológica. Siempre fui muy afecto a la filosofía, una de las materias más formativas que existen. Y antes incluso de conocer la obra del discípulo polaco de Edmund Husserl Roman Ingarden, me seducía la línea gnoseológica que viene de la epojé escéptica, pasa por Descartes y llega al «zu den Sachen selbst» husserliano. Ingarden, a principios de los treinta nos ofrece ya dos grandes tratados que dan respuesta a sendas preguntas previas a cualquier investigación sobre literatura: primero, ¿qué es una obra de arte literaria? Y segundo: ¿cómo se puede acceder al conocimiento de ella? Ontología y epistemología.

21. Hace tiempo le oí decir a alguien que en la universidad hay básicamente cuatro tipos de personas: los que sirven para la docencia, los que sirven para la gestión, los que sirven para ambas cosas y los que no sirven para nada. Usted ha sido ocho años rector en la Universidad de Santiago de

Compostela y, por tanto, conoce muy bien el mundo universitario desde distintas perspectivas. ¿Se atrevería a hacer un diagnóstico de la situación actual?

Cuando fui rector, entre 1994 y 2002, luché para corregir los excesos burocráticos en la administración universitaria, plaga hasta cierto punto lógica, pues la burocracia es necesaria para la gestión. Pero en lo que nunca pensé fue en la catástrofe que nos abruma ahora: se ha burocratizado la docencia y se ha burocratizado también la investigación.

22. Ya que he mencionado su época como rector, dígame qué recuerdos tiene. ¿Fue una experiencia enriquecedora? Y una cosa más: ¿fueron ocho años desconectado del estudio, o pudo compatibilizarlo todo?

Fueron años duros. Yo le gané las elecciones a un rector nacionalista, y esto no se me perdonó nunca. Desde esta ideología los gallegos se dividen en dos grupos (de muy desigual volumen, pues predominamos ampliamente nosotros): los patriotas y los cipayos. Y yo era uno de estos últimos. Sin embargo, a los cuatro años me presenté a la reelección, y no tuve ya ningún candidato oponente, nacionalista o no nacionalista. La experiencia fue, sin duda, la más enriquecedora de mi vida. Y además no desconecté del todo con la investigación. De hecho, si ello vale como prueba, obtuve mis sexenios correspondientes a ese periodo.

23. Desde el año 2014 usted es el director de la RAE, una institución que tiene fama de estar demasiado separada de la gente de la calle. ¿Ha podido hacer algo para acercarla a la gente? ¿Qué actividades destacaría en ese sentido?

Nada más difícil que desmontar un tópico. En fin, paciencia y barajar. Yo me pregunto si tener 1 500 000 seguidores en Twitter dice algo o no a este respecto. O contestar al día 300 consultas lingüísticas. O recibir al mes una media de 65 millones de consultas (gratuitas) de nuestro diccionario en línea. O mantener un sitio de internet, UNIDRAE (unidad interactiva del Diccionario), para recibir propuestas para mejorar el Diccionario, a todas las cuales se les acusa recibo, antes de procesarlas en las comisiones y pleno académico. En 2017, nuestra sede de la calle Felipe IV tuvo 5000 visitantes en jornadas de puertas abiertas o visitas organizadas. Hace unos días, como todos los años, nuestro salón de actos, imponente, donde se realizan los solemnes ingresos de los nuevos académicos, se llenó con jóvenes de toda España, acompañados de sus profesores y familiares, que participaron en el certamen nacional escolar de relato corto que desde hace más de medio siglo organiza la empresa fabricante de esa bebida global que en

español se identifica con la chispa de la vida. Por supuesto, en el jurado de selección participan varios ilustres académicos: Ansón, Merino, Clara Janés, Luis Mateo Díez, Soledad Puértolas...

24. El éxito que tuvieron en su momento los llamados Estudios Culturales provocó algún comentario crítico por su parte. Hoy sigue habiendo muchas asignaturas en los planes docentes de las facultades de filología donde la palabra *literatura* ni siquiera aparece. ¿Cree que se está gestionando bien todo esto? ¿Puede haber un enriquecimiento mutuo entre estudios culturales y estudios literarios?

Creo que ya he contestado antes a esto. Los Estudios Culturales se beneficiaron de la tierra quemada que dejó la Deconstrucción. Admito, no obstante, que el enfoque comparatista puede dialogar con algunas de las manifestaciones más rigurosas de los Estudios culturales.

Ni más ni menos que Joseph Hillis Miller, cuando en 1999 llega a anunciar, literalmente, que «el tiempo de los estudios literarios se ha acabado», fundamenta su apocalíptica afirmación en el hecho de que la Literatura es una categoría que le parece haber perdido progresivamente su especificidad en el campo indiferenciado del «discurso» cultural, de la «textualidad», de la «información» o de otras tipologías. Y su dictamen, no por más cruel resulta menos ajustado a la realidad de las cosas, cuando argumenta que la literatura está privada del poder que tendría si se diera por sentado que es una parte íntima de una única cultura homogénea dentro de la que los ciudadanos de una nación dada viven. La sombra de los Estudios Culturales resulta, en este orden, deletérea.

25. Usted ha escrito alguna vez sobre los nativos digitales. ¿Le interesa el fenómeno de la literatura en las redes sociales? No me refiero a la literatura hipertextual, sino a las obras que se publican en Instagram y otras plataformas parecidas. Se lo pregunto porque se suele decir que esta literatura sigue un camino paralelo, sin ningún contacto, al de la literatura en papel, y que solo cuando algún editor se da cuenta de que alguien en las redes tiene muchísimos seguidores, piensa en publicarle un libro. Por supuesto, el autor suele estar encantado: los caminos entonces se cruzan. ¿Cómo ve usted esta situación?

Es una situación que me interesa mucho desde que leí un libro de Janet H. Murray, graduada en literatura inglesa que entró a trabajar como programadora de sistemas en IBM allá por los años sesenta del pasado siglo. Se titula Hamlet en la holocubierto. El futuro de la narrativa en el ciberespacio.

Para Janet Murray estábamos asistiendo ya entonces (finales del pasado siglo) a la «época incunable de la narrativa digital», cuya estética se fundamenta en los placeres proporcionados

por historias participativas en un mundo caleidoscópico. Con ello se consolidaría un nuevo género, el ciberdrama, que no sería la transformación de algo ya existente sino una reinención del propio arte narrativo para el nuevo medio digital.

La pregunta clave es si será posible un ciberdrama que evolucione desde la mera órbita del entretenimiento placentero hasta el universo eminente del arte. Para Murray, sólo será cuestión de tiempo. Pero lo más interesante es que analiza también el papel del ciberautor o ciberbardo, que no será ya el emisor de un cibertexto lineal, susceptible de variaciones hermenéuticas por parte de sus lectores, sino poco más que el creador de unos fundamentos esquemáticos y unas reglas para que, sobre ellas, los usuarios elaboren sus propios desarrollos. La actuación primará, pues, sobre la autoría, y estas nuevas manifestaciones carecerán de la fijación, estabilidad, perpetuación en el tiempo e intersubjetividad que hoy caracterizan a la literatura propiamente dicha.

Últimamente, sin embargo, se está produciendo una convergencia interesante. En las ferias del libro las casetas con más cola son aquellas en las que firman sus libros los blogueros que tienen un público cautivo por su presencia en internet, pero que también los secundan fielmente cuando se convierten en autores y sus contenidos del blog los pasan al libro.

26. No sé si la resistencia a la teoría de la que hablaba Paul de Man sigue existiendo o no, pero parece que quienes se dedican a la teoría literaria y al comparatismo tienen ahora otras preocupaciones más importantes relacionadas con su propio futuro, con las líneas de investigación que puedan resultar más interesantes y con el lugar exacto que deberían ocupar en las universidades. ¿Qué futuro cree usted que tienen estos estudios?

No soy el único que repara en la convergencia entre la funcionalidad de nuestros estudios y la aldea global. Pueden proporcionar el marco de referencia doctrinal más apropiado y útil para que las nuevas generaciones identifiquen como su Literatura no solo la escrita en su lengua materna, sino con un repertorio multilingüístico de textos eminentes, partícipes de similares planteamientos poéticos que se pueden explicar como verdaderos «universales literarios».

27. Por último, me gustaría preguntarle algo de tipo más personal. Cuesta imaginarse a alguien tan activo como usted adaptándose a una jubilación, pero cuando llegue el momento ¿qué planes tiene? ¿Seguirá investigando y escribiendo? ¿Le han quedado cosas pendientes por hacer?

No pienso en la jubilación sino como un mero trámite administrativo. Seguiré haciendo lo que hasta ahora, salvo en lo que se refiere a la titularidad docente de cursos reglados en mi

universidad. Uno de mis lemas preferidos es Ars longa, vita brevis. Y otro, aunque no venga mucho a cuento, es un refrán: No se pescan truchas a bragas enjutas.

TROPELIÁS